

LEOPOLDO PANERO

POETA DE LA TERNURA (1)

*"Desde el amarnos los unos a los otros
crece mi vocación de ser hombre".*

L. P.: "La Vocación"

Hablar de un poeta. Esto, que parece tan sencillo y que presuntivamente puede hacerse de un modo impersonal, fríamente imparcial, hasta científco, sólo se debe emprender con empeño amoroso, en trance simpático.

Hablar de un poeta supone haberse entrañado medullarmente con la carne de su espíritu, con sus adentros de hombre primordialmente y también con su decir, con su palabra como vehículo personal. Resumiendo: es entonarse, templarse con él, con su ánimo, como única manera de captar su mensaje.

El que quiera tomar contacto cierto con Leopoldo Panero —caso de imposible excepción— necesita de esta inmersión profunda y cabal en sus recónditas pero límpidas aguas humanas. ¡Y este último adjetivo, qué bien define la poesía de Panero!

Para ubicarlo —si es que a un poeta puede adjudicársele un lugar cuando en realidad su intransferible peculiaridad trasciende las coordenadas temporales y las topografías literarias— tenemos que remitirnos no muy lejos: a la generación del 98, que aporta, nada menos, que a Unamuno, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. Los dos últimos proceden directamente del modernismo, pero pronto, —después de alquitarar lo valioso y apropiárselo— se transfiguran en personalidades aisladas, individualidades ahondadas en lo misterioso del cosmos y del alma, y se entroncan junto con Unamuno en la consecución de una poesía humana, de “sentires”: la tierra con su paisaje como categoría anímica, la siempre “siempre amada”, la familia, el contorno, y síntesis y objetivo superior: Dios. Es una poesía religiosa en su dirección final y humana por los materiales vitales de que se sirve, como testimoniadora de experiencia viva.

A los nombrados siguen sin brusca alteración en el modo de intencionar la realidad, —perspectiva vital tomada o cosmovisión adquirida— la generación de preguerra (1920-1936), integrada por García Lorca, Rafael Alberti, Gerardo Diego, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Cernuda, Miguel Hernández, Altolaguirre, Prados. Digo que no hay desgarrón verdadero con respecto de la generación del 98 (como lo fué el modernismo con respecto del romanticismo), en cuanto en todos ellos existe el mismo resorte creador: lo humano informando desde dentro la expresión y dándole matices poéti-

cos alejados de cualquier preceptiva o retórica literarias. En otras palabras, una auténtica y pura transustanciación lírica en la que el hombre manifiesta su desnuda vocación humana con palabras carnales y óseas, libres de cualquier falseamiento estetizante, como son el ultraísmo o el creacionismo.

El superrealismo, la poesía pura de Valery, Rubén Darío, Góngora retrotraído y celebrado como inspirador de nueva secta, si bien constituyen instancias plasmadoras en lo formal, dejan amplia vía para la canalización de los elementos humanos que al cabo son los que harán posible la legítima plasmación poética, y que darán relieve y color notables a esta constelación de grandes valores de la poesía española contemporánea.

Leopoldo Panero integra, junto con José María Valverde, Luis Rosales y Vivanco, la reciente generación de postguerra. Todos ellos prosiguen en ese caudal de poesía humana. Aún más, en Panero la sinceridad del poeta coincide con la sinceridad del hombre: "...con mi piedra poética confirmo / la igualdad del poeta y del hombre. / Lo idéntico les une", expresa en el poema "La vocación", y su humanidad se desboca en una actitud excelsa y rara por lo plena: la ternura.

En Leopoldo Panero se descubre como fundamental —alta temperatura constante— esta cualidad de especialísimo amor que quiere amar protegiendo, compadeciendo, ayudando, sosegando, mimando y besando, a todas las criaturas terrestres y a todas las cosas, a la naturaleza misma, vueltas espíritu fraternal.

En esto se emparenta con César Vallejo, peruano agónico sin par en América, aunque la ternura del cholo Vallejo es más exagerada y trágica, y también, como

tartamudeante o balbuceada, siendo la de Panero lúcida-mente consciente, madura.

La ternura de Panero tiene el recato cristiano de saberse sólo dulce instrumento de la caridad entre los hombres. Es imagen de la ternura de Dios hacia los seres creados por El, reducida al plano simplemente humano que le corresponde. César Vallejo, en cambio, no teniendo fe en Dios, hace de la ternura humana un resorte divino en manos de seres endiosados.

Trataré ahora de bucear en "*Escrito a cada instante*" y mostrar rápidamente su estructura viva.

Según imagen de Dámaso Alonso, podríamos ilustrar la obra poética de Panero diciendo que ésta es como "figura de duro roble, de pujante nogal: tierra con raíz, tronco con sus ramas, copa con un anhelo infinito", es decir, que Panero está "enraizado en la tierra, entroncado en la familia, ascensionalmente atraído hacia Dios".

Libro de un sólo clima, de amor y ternura, que brota del paisaje de su tierra española: Astorga, Guadarrama, San Sebastián; el Teleno, su montaña; Castrillo de las Piedras, su encinar. Así nos dice en hermosos octasílabos: "Camino del Guadarrama, / nieve fina de febrero, / y a la orilla de la tarde / el pino verde en el viento...". Y se vivifica en la familia, preferentemente en la esposa:

Es verdad tu hermosura. Es verdad. ¡Cómo entra
la luz al corazón! Cómo aspira tu aroma
de tierra en primavera el alma que te encuentra!
Es verdad. Tu piel tiene penumbra de paloma.

en sus hijos:

Voy contigo, hijo mío, frenesí soñoliento
de mi carne, palabra de mi callada hondura,
música que alguien pulsa no sé dónde, en el viento,
no sé dónde, hijo mío, desde mi orilla oscura.

en su hermano muerto:

Disuelto estás en mi alma igual que el viento,
disuelto en el aroma, y no lejano;
disuelto y suelto al fin, pero en mi mano,
pero en mi corazón raíz te siento.

Es interesante anotar que sus imágenes y metáforas están tomadas generalmente del paisaje, o mejor, de elementos naturales: el viento, la nieve, el encinar, el árbol, etc. Lo que prueba la inescindible unidad establecida entre el hombre y la tierra, presente siempre esta última como ámbito coextensivo del alma del poeta, lo que otorga a su poesía ese carácter de "arraigada" que mencionamos. Poesía arraigada, entonces, en dos sentidos: por el material significado y por el significante. El paisaje se adhiere al espíritu y lo conforma de acuerdo con cierta euritmia que se traduce en la instancia dinámica que nutre lo psicológico, condiciona el talento, y que moviliza el verbo, directamente, mediante el acopio de formas plásticas y simbólicas o a través de un previo entusiasmo que temple el ánimo.

"El paisaje es un estado del alma", dijo Federico Amiel en su "Diario Intimo". En Panero es mejor decir que el paisaje es la función del alma, gracias al cual consigue formular o trasvasar su mensaje poético.

"*Escrito a cada instante*" tiene un solo anhelo, siempre renovado: encontrar a Dios en la palabra. Con la

certeza de su presencia, palpándolo, viviendo en El, el poeta busca su nombre:

Y su nombre sin letras,
escrito a cada instante por la espuma,
se borra a cada instante
mecido por la música del agua;
y un eco queda sólo en las orillas.

.....
Tus hijos somos,
aunque jamás sepamos
decirte la palabra exacta y Tuya,
que repite en el alma el dulce y fijo
girar de las estrellas.

Ahora que la noche es tan pura y que no hay nadie
[más que tú,

díme quién eres...

Panero sabe quien es Dios como punto último al que refiere todo su ser, como instancia primera de toda la creación, como única realidad trascendente. Pero se le escapa su esencia inmanente, Dios como signo preciso y estable de su estar o actuar en el mundo.

Dios está en todas partes, pero el hombre no puede concretarlo. Panero querría que Dios se encontrara presente en la forma visual en que se halla el ciprés o la estrella, y así poder nombrarlo con mayor ternura. Un Dios al que fuera posible tomarle la mano, sentirlo como un Tú amigo.

Pero si a Dios es imposible tocarlo, el amor de Panero, obligado por una Fe inquebrantable, lo lleva a una búsqueda confiada.

Ignorando mi vida,
golpeado por la luz de las estrellas,
como un ciego que extiende,
al caminar, las manos en la sombra,
todo yo, Cristo mío,
todo mi corazón, sin mengua, entero,
virginal y encendido, se reclina
en la futura vida, como el árbol
en la savia se apoya, que le nutre,
y le enflora y verdea.

Todo mi corazón, ascua de hombre,
inútil sin Tu amor, sin Ti vacío,
en la noche Te busca,
lo siento que Te busca, como un ciego,
que extiende al caminar las manos llenas
de anchura y de alegría.

Y a pesar de la inutilidad de las palabras que se deshacen en silencio, construye un nuevo signo, que si bien no es el exacto nombre de Dios, es la luminosa y esperanzada voz de la poesía, flecha humana que encuentra su centro en el misterio mismo. Porque la única claridad permitida al hombre es el oscuro e inescrutable impacto de la Gracia, visible en lo imponderable del no decir, del apenas insinuar, del apuntar delicado e impreciso. Traducible sólo en la palabra poética que es siempre un hablar infinito, que nombra sin nombrar.

JUAN ANTONIO CARRAU.

(1) Leopoldo Panero nació en Astorga, Provincia de León, el año 1909. Cursó la carrera de Derecho en Valladolid y más tarde en Madrid. Publica sus primeros versos en "Nueva Revista"

de esta misma ciudad. Estudia luego en Cambridge y en las universidades francesas de Tours y Poitiers. Colaboró en muchas revistas y recién publicó su primer libro en 1949: "Escrito a cada Instante", Colección "La Encina y el Mar". (Ediciones Cultura Hispana'. Un poema extenso comenzó a salir en la revista "El Escorial": "La Estancia Vacía", y el año pasado apareció "Canto Personal" (Carta perdida a Pablo Neruda), también en la Colección "La Encina y el Mar".